

## LA FAMILIA CRISTIANA: TACIANO Y LOS ENCRATITAS

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ DE AHUMADA DEL PINO

Siendo el tema del V coloquio de ARYS «religión y familia» y el apologeta sirio Taciano y su obra *Discurso a los griegos* el tema al que actualmente dirijo mis investigaciones, no puedo sino preguntarme por la naturaleza que ésta puede tener entre Taciano y sus seguidores, los denominados encratitas. El asunto no deja de ser un tema importante en el estudio histórico de Taciano y los encratitas, aunque pudiera pensarse *a priori* que la conclusión de un trabajo que una el término familia y la «herejía» encratita ha de ser radical, contundente y espontánea. Así es, pues teniendo en la mente un concepto simple y, no por ello falso, de familia, y sin olvidar que *enkrátēia* significa «continencia» y hasta su extremo sexual más consecuente imaginable por cualquiera la llevó a cabo el citado grupo cristiano, dicha conclusión no podría ser sino la siguiente: la familia no debería existir, pues es el vínculo de la sexualidad y para acabar con ésta hay que comenzar por aquélla. Esta afirmación no deja de ser cierta, como se verá, pero sería interesante aportar los necesarios matices y comprender el porqué de que los encratitas opinen de esta manera, qué les lleva a la continencia, a la negación de la sexualidad y por ello a la de la familia y, en definitiva, qué influencia tuvo el encratismo en la vida de los cristianos orientales, especialmente en el ámbito familiar.

Antes de comenzar con el necesario repaso a la teología y al pensamiento moral de Taciano en sus aspectos relacionados con el presente asunto y de rastrear los elementos que sobre la renuncia sexual entre los encratitas están basados en la exégesis que Taciano realizó de las Escrituras, habría que aclarar que el problema de las posibles influencias gnósticas<sup>1</sup> en todo su pensamiento, —aunque nos cogería

<sup>1</sup> La bibliografía al respecto es extensísima y muestra muy variadas opiniones. Una breve lista podría incluir: L. W. BARNARD, «The heresy of Tatian once again», *JEH*, XIX, 1968, pp. 1-10; F. BOLGIANI, «Encratisme», en A. DI BERNARDINO, (dir.), *Dictionnaire Encyclopedique du Christianisme Ancien*, Tournai, 1990, pp. 808-809; R. M. GRANT, «The heresy of Tatian», *JThS*, V, 1954, pp. 62-68; ID., «Tatian (Or. 30) and the Gnostics», *JThS*, XV, 1964, pp. 65-69; L. LEONE, «Due date della vita di Taziano», *OCP*, XXVII, 1961, pp. 27-37; A. ORBE, «Variaciones gnósticas sobre las alas del alma», *Gregorianum*, XXXV,

aquí un poco de lado al ser la conclusión y moralidad finales de Taciano distintas a las del gnosticismo valentiniano— es un asunto fundamental, pues explica en cierto modo la situación religiosa que el cristianismo vivía en el oriente del Mediterráneo en el siglo II<sup>2</sup>, donde las corrientes posteriormente consideradas heterodoxas convivían con lo que luego el triunfo de la línea romana hará que se denomine ortodoxia<sup>3</sup>. Ortodoxos y herejes, (o expresándolo de otro modo, puesto que ambas categorías no eran aún del todo claras y para evitar subjetividades, prefiero llamarlos eclesiásticos, espiritualistas, místicos, ascetas, itinerantes, psíquicos o pneumáticos, etc., según convenga en cada caso) no sólo convivían, sino que, aun cuando se consideraran más venerables ciertos escritos (como los que luego serán los cuatro evangelios canónicos<sup>4</sup>) que otros (como algunos de los que posteriormente recibieron la etiqueta de apócrifos), utilizaban sin temor muchos textos comunes y escribían otros que presentan caracteres no sólo distintos, sino tras el establecimiento de la ortodoxia, contrapuestos<sup>5</sup>. Por ello, la interpretación taciaña del capítulo primero del *Génesis*, que en su párrafo 3 dice:

“Dios dijo: sea hecha la luz. Y hubo luz.”

que, contrariamente a la tradicional explicación en la que el dios único ordena la creación, Taciano interpreta como que un dios inferior, un demiurgo, ruega al dios superior su intervención para poder realizar su obra creadora, permite afianzar la idea de que las influencias del gnosticismo en Taciano y en el encratismo son considerables y que con posterioridad en algunos textos extracanonicos se podrán rastrear ambas corrientes. Por ello quiero aclarar que se van a citar posteriormente algunos textos considerados de tradición gnóstica, pero que presentan claros elementos encratitas que trataré de aclarar<sup>6</sup>.

---

1954, pp. 18-55; ID., «A propósito de Gen, 1.3 (*fiat lux*) en la exégesis de Taciano», *Gregorianum*, XLII, 1961, pp. 401-443. Las opiniones van desde quien opina que en la *Oratio ad graecos* no hay gnosticismo sino inmadurez, hasta quien cree que es plenamente herética, encratita y gnóstica, siempre dependiendo de la fecha de composición de la obra.

<sup>2</sup> Cf. W. L. PETERSEN, «Textual evidence of Tatian's dependence upon Justin's 'ΑΠΘΟΜΝΗΜΟΝΕΥΜΑΤΑ», *NTS*, XXXVI, 1990, pp. 512-534, para el uso de textos posteriormente no canónicos tanto por herejes (Taciano), como por ortodoxos (Justino).

<sup>3</sup> Cf. M. SIMON Y A. BENOIT, *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Barcelona 1972, pp. 224-227, donde presenta la tesis sobre ortodoxia y heterodoxia, aquí aceptada implícitamente, de W. BAUER, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im Alttesten Christentum*, Tübingen, 1964.

<sup>4</sup> A. PIÑERO «Cómo y por qué se formó el Nuevo Testamento: el canon neotestamentario», en ID. (ed.), *Orígenes del Cristianismo. Antecedentes y primeros pasos*, Córdoba-Madrid, 1991, pp. 339-397. El mismo Taciano reconocía tácitamente la superioridad de Juan y los sinópticos al intentar armonizarlos a ellos y no a otros. Pero también su aún inexistente canonicidad, pues el intento de armonización que supone su *Diatessaron* sería impensable cincuenta años después.

<sup>5</sup> W. L. PETERSEN, *Loc. cit.*, n. 2.

<sup>6</sup> Así lo hace P. BROWN, *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Barcelona, 1993.

Entrando ya en lo que nos ocupa, sí que es mucho más importante su interpretación de otro pasaje del *Génesis*, el del capítulo 2, versículos 16 a 17:

«Diole también este precepto diciendo: Puedes comer del fruto de todos los árboles del paraíso. Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, morirás».

Frente a los cristianos (siguiendo la terminología de A. Orbe) eclesiásticos, que pensaban que esta prescripción se debe a que Dios reservaba el uso de dicho fruto para más adelante, cuando los recién creados estuvieran preparados, Taciano cree que la prohibición divina era definitiva y que Adán, al incumplirla se convirtió en mortal, se separó del espíritu de Dios y hubo de buscar la inmortalidad en el matrimonio, pues el precepto significaba la prohibición definitiva del sexo a los hombres, cuyo primer representante, tentado por el Maligno, lo probó y se convirtió en mortal<sup>7</sup>.

La teoría taciaña se fundamenta además sobre otros textos bíblicos que permiten ser interpretados según esta concepción del pecado de Adán y Eva. Se trata de los siguientes fragmentos de *Salmos* y *Eclesiastés*:

«No dudará, no, el hombre en su opulencia, se asemeja al ganado que mata» (*Salmos*, 48, 13 y 31).

«Porque muere el hombre a semejanza de las bestias, son ambos de igual condición; pues como el hombre muere, así mueren ellas. Todos respiran de la misma manera, y el hombre no tiene ninguna exención sobre la bestia, todo está sujeto a la vanidad» (*Eclesiastés*, 3, 19).

Y especialmente, este último del libro de *Jeremías*:

«Han llegado [los hombres] a ser como caballos sementales desentrenados; con tanto ardor persigue cada cual a la mujer de su prójimo» (*Jeremías*, 5, 8).

Con todo esto construye Taciano la importancia que el pecado original tuvo en la Humanidad, deduciendo que desde que Adán contravino el precepto divino y comió el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, el hombre como lo creó Dios no existe, pues sólo es hombre el que está unido al espíritu en un estado semejante al de Adán antes de incumplir el precepto. Y la humanidad siguió inevitablemente los pasos del primer hombre, cayendo en la animalidad en cuerpo y alma, ampliando así el sirio el término «desenfreno» usado por el profeta Jeremías no sólo a los adúlteros sino también a los casados. Todo esto

<sup>7</sup> Cf. E. PAGELS, *Adán, Eva y la serpiente*, Barcelona, 1990 y P. BROWN, *Op. cit.*

queda expresado en la concepción que Taciano tenía del alma humana<sup>8</sup>, desarrollada en este fragmento:

«No es inmortal, griegos, el alma por sí misma, sino mortal. Pero ella también es capaz de no morir. Ciertamente muere y se disuelve en el cuerpo cuando no conoce la verdad y resucita con el cuerpo después del fin del mundo, consiguiendo por castigo la muerte en la inmortalidad. Al contrario, no muere, aún cuando se hubiera disuelto, si obtuvo el conocimiento de Dios. Pues por sí misma es oscuridad y nada luminoso hay en ella, y esto es, en efecto, lo que se anuncia en: *la oscuridad no acoge a la luz* [Juan, 1, 5]. Pues el alma no salvó al espíritu, sino que fue salvada por éste. Y la luz acoge a la oscuridad, en cuanto que el Verbo es la luz de Dios y el alma ignorante es oscuridad» (*Discurso*, 13).

Los seguidores de Taciano ampliarán estas ideas dándole al tema una expresión menos abstracta. En concreto Casiano, de un modo mucho más gráfico, narra la caída del denominado, especialmente por Ireneo de Lyon, *protoplasto*, es decir, de Adán, mediante un episodio en el que la serpiente enseña a Eva a copular y, tras ello, al realizar el mismo acto sexual junto a éste, contraviniendo la prohibición del demiurgo, el hecho de avergonzarse de su desnudez demuestra la importancia del pecado cometido y sus nefastas y permanentes consecuencias: se animalizan, se vuelven mortales en definitiva<sup>9</sup>.

Esta visión del mito de Adán y Eva y de la situación de la humanidad se concretan necesariamente en la cristología y la moralidad taciaea. Para Taciano y los encratitas la misión del Cristo fue la de enseñar el auténtico matrimonio, el de la unión con el espíritu, es decir, la salvación, y éste es totalmente incompatible con el matrimonio terrenal, que los seguidores de esta corriente heterodoxa conceptualizan como penoso autoengaño propiciado por la malvada intervención de los demonios y su jefe, Satán a la cabeza, a veces llamado Zeus<sup>10</sup> por Taciano. Este engaño estaría basado en una vana búsqueda de una falsa inmortalidad a través de la pervivencia del individuo en su prole. Cuando el hombre se une al espíritu se aleja de la animalidad que le impone el sexo, y tanto éste como, lógicamente, el matrimonio dejan de tener sentido para él. Por el contrario cuando realiza el acto sexual, matrimonial o extramatrimonial, pues para ellos no hay diferencia, se une profundamente a su carne mortal y se diluye en la nada de la animalidad, además de contribuir a perpetuar dicha animalidad mediante la procreación de nuevos seres que repetirán engañados el mismo ritual de muerte. El sexo es sinónimo de muerte, puesto que convierte en mortal incluso al alma humana que,

<sup>8</sup> Cf. A. ORBE, *Introducción a la teología de los siglos II y III*, Salamanca 1988, pp. 337-341.

<sup>9</sup> P. BROWN, *Op. cit.*, pp. 125-150.

<sup>10</sup> Cf. *Oratio*, 8.

separada del espíritu tiene la misma entidad que el cuerpo, como se deduce del siguiente pasaje del Discurso de Taciano:

«Por esto, cuando vive sola [el alma] se inclina hacia abajo a la materia, muriendo con la carne, y cuando se procura la unión con el espíritu de Dios, no está carente de ayuda y sube a los lugares a los que el espíritu la guía. [...] Al principio ocurrió en efecto que el espíritu vivía con el alma; pero, no queriendo ésta acompañarlo, el espíritu la abandonó. [...] El espíritu de dios no está en todos, sino que se hospeda en aquellos que se conducen justamente» (*Discurso*, 13).

Hasta este momento se advierte, creo, en la lectura de los textos que he presentado que la radical interpretación que estoy dando a veces del encratismo no se corresponde del todo con la aparente moderación que expresa Taciano en los fragmentos hasta ahora leídos. Esto se debe a que el *Discurso a los griegos* sólo deja ver muy levemente lo que será el posterior desarrollo del encratismo en otras obras ya plenamente heréticas del apologeta<sup>11</sup>, de las que sólo conocemos referencias, generalmente fiables, en Ireneo, Eusebio, Orígenes, Hipólito de Roma, Clemente de Alejandría o Epifanio<sup>12</sup>. Y aunque la única obra directamente conservada de Taciano muestra tendencias claras a acercarse al posteriormente más elaborado encratismo, no son definitivas y resulta de interés dar un vistazo a las manifestaciones siguientes de las comunidades encratitas, pues puede ser útil para observar cómo sobre la base del pensamiento de Taciano se desarrolla el encratismo. No obstante, el uso de los próximos ejemplos es problemático, porque aunque se pueden encontrar tradiciones encratitas en ellos, ha de hacerse con sumo cuidado pues son textos gnósticos. Por ello, usaré las más claras, como las que encontramos en ciertos pasajes del *Origen del Mundo* y del *Evangelio de Felipe*, que se usaban como textos sagrados entre los gnósticos egipcios en el siglo IV<sup>13</sup>. De dichas obras son de especial importancia dos fragmentos:

«El matrimonio acompaña a la mujer, la reproducción acompaña al matrimonio y la muerte acompaña a la reproducción» (*Origen del mundo*, NHC, II, 5, 109).

«El mundo está creado, las ciudades están adornadas y hay que seguir acarreado los muertos» (*Evangelio de Felipe*, NHC, II, 3, 52,18).

De este último, el Evangelio de Felipe dice Epifanio (*Haereses*, 26,13):

<sup>11</sup> Vid. *supra* n. 1.

<sup>12</sup> IRENEO DE LYON, *Adv. haer.*, 1, 28; EUSEBIO DE CESAREA, *H. E.*, IV, 16,19 y 29 y V, 13 y 28; ORIGENES, *De Oratione*, 24 y *Contra Celso*, VI, 51; HIPÓLITO DE ROMA, *Adv. omn. haer.*, VIII, 16 y X, 18; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, III, 12 y EPIFANIO, *Pan. haer.*, 46-47.

<sup>13</sup> Cf. P. BROWN, *Op. cit.*

«Presentan un evangelio compuesto a nombre de Felipe, el santo discípulo, que dice así: “Me reveló el Señor qué es lo que debe decir el alma al subir al cielo y cómo debe responder a cada una de las potencias celestiales. Es a saber: me he conocido a mi misma”, dice, “y me he recogido de todas partes y no he procreado hijos del Arconte, sino que he desgarrado sus raíces y he juntado los miembros desparramados y sé quién eres tú. Pero si se descubre”, dice, “haber procreado algún hijo, es retenida abajo hasta tanto se pueda asumir y atraer hacia sí a sus propios hijos”».

El texto es de un gnosticismo<sup>14</sup> evidente pero también aparecen temas encratitas: la procreación misma es pecado y aleja al alma del espíritu, el alma pecadora es retenida abajo, del mismo modo que lo expresa Taciano en el capítulo 13 del *Discurso*, como ya se vio.

Todo esto hace que la continencia sea condición *sine qua non* para la unión con Dios y para la pertenencia a la comunidad encratita. Pero existen más aspectos que, derivados de estas interpretaciones y del tipo de moralidad reinante, fueron incluidos por los encratitas en sus preceptos. En el capítulo 15 de su *Discurso* dice Taciano:

«En efecto, el dios perfecto no es carnal, sin embargo, el hombre es carne. El vínculo de la carne es el alma, pero lo que contiene al alma es la carne. Si tal clase de arreglo es como un templo, dios quiere vivir en él mediante el espíritu que actúa como embajador.»

Aquí se advierte de un modo claro qué significado tiene la continencia para Taciano pero también cuál es la limitación que impone la carne. Por esto para los encratitas la animalidad, la separación del alma y el espíritu divino, no se limita al sexo. Por ejemplo, el vino que invita con su calor al delirio, la sensualidad y el sexo, es también objeto de condena por parte de los encratitas y también el consumo de carne, que además de impura y nacida del pecado es el alimento de las fieras salvajes.

No quisiera continuar, sobre todo tras haber insistido en las influencias gnósticas del encratismo, sin apuntar que no son estas las únicas influencias que se pueden encontrar en él. De hecho, en la moralidad y en la forma de vida encratitas, especialmente en su exagerada ascesis, y también en muchos aspectos del *Discurso a los griegos*, existen claros paralelos con el cinismo, que resuenan incluso en el nombre dado a esta comunidad herética, encratitas, es decir, continentes<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Ascenso al «cielo» por etapas, potencias celestiales distintas, importancia del conocimiento (*gnosis*), etc.

<sup>15</sup> Estas semejanzas han sido a menudo puestas en relieve. Cf. F. GASCÓ, «Cristianos y cínicos. Una tipificación del fenómeno cristiano durante el siglo II» en F. J. LOMAS, *Religión, superstición y magia en el mundo antiguo*, Cádiz, 1985, pp. 49-59 y F. J. LÓPEZ DE AHUMADA, *El Discurso a los griegos de Taciano. Comentario histórico*, trabajo de investigación de 3<sup>er</sup> ciclo leído en el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, 1994, pp. 24-71.

Por lo que queda dicho no debe parecer extraño que para Taciano haya dos tipos de matrimonio, el carnal-pecaminoso entre hombre y mujer y el sobrenatural y virtuoso del alma con el Espíritu divino. Todo se podría resumir en lo que el apologeta dice en el capítulo 15 de su obra:

«Y nos es necesario buscar en breve precisamente aquello que habiéndolo tenido, destruimos; casar al alma con el Espíritu Santo<sup>16</sup> y mantener esta pareja según la ley de dios».

Esta pareja con el espíritu según Dios es para Taciano el verdadero matrimonio virtuoso del que se hizo mención más arriba. Esto tampoco tiene nada de original, ni en el paganismo, como demuestran las teorías de Epicteto respecto al matrimonio y la dedicación a la filosofía y al estudio de lo divino<sup>17</sup>, como en el cristianismo eclesiástico, con su veneración del celibato y la virginidad. La diferencia está en el matiz absolutamente negativo que da al otro matrimonio, al carnal.

Pero en su medio circundante, en la sociedad del siglo II, el matrimonio con implicaciones carnales estaba, evidentemente, totalmente institucionalizado tanto para paganos, que lo asumen como una obligación moral y política ciudadana, aunque a más de uno le pesara, como para cristianos digamos ortodoxos, que lo aceptan como mal menor para la masa cristiana y objeto de renuncia para los llamados por Dios a mayores glorias<sup>18</sup>.

Hasta ahora, he expuesto cuáles son las bases exegéticas del pensamiento encratita, pero no sus causas. Pues bien, esta concepción ortodoxa del matrimonio, en cierto sentido contraria a la letra evangélica, es, desde mi punto de vista, una de las causas principales, aunque no la única por supuesto, de desestabilización o, mejor dicho, diversificación del pensamiento cristiano primitivo oriental en lo referente al sexo, y por tanto, de aparición del encratismo. No teniendo razones ni necesidad de extrapolar el problema a otras épocas y lugares, no lo voy a hacer, pero he de decir que no creo que sea un problema exclusivo de dicho ámbito, sino que es recurrente como uno de los factores principales en no pocas corrientes heterodoxas ascéticas o rigoristas en la historia del cristianismo<sup>19</sup>. Resulta evidente que toda la predicación moralizante fomentada por las iglesias orientales en materia sexual y el desmesurado desarrollo del «culto» a la virginidad

<sup>16</sup> Es el único caso en que Taciano utiliza el epíteto «santo» para referirse al Espíritu. Un ejemplo más para crear susceptibilidades sobre un autor que no nombra a Cristo, puesto que la pareja santo-espíritu se repite infinitamente en el resto de los apologetas: cf. A. WARTELE, «Sur le vocabulaire du sacré chez les pères apologistes grecs» *REG*, 102, 1989, pp. 90-57.

<sup>17</sup> EPICTETO, *Pláticas*, III, 22, 69 y cf. F. J. LÓPEZ DE AHUMADA, *Op. cit.*, pp. 50-56.

<sup>18</sup> Cf. P. BROWN, *Op. cit.* y E. PAGELS, *Adán, Eva y la serpiente*, Barcelona, 1990, pp. 26-62.

<sup>19</sup> Cf. D. R. DUDLEY, *History of cynicism*, Londres, 1937, pp. 209-213 y F. J. LÓPEZ DE AHUMADA, *op. cit.*, pp. 65-71.

no podían caer en saco roto. Y por ello, pese al en cierto sentido hipócrita escándalo que produjo entre los, como antes he llamado, eclesiásticos, ese sector del cristianismo primitivo que valora la virginidad como el más elevado grado de santidad y acercamiento a Dios, pero también la utiliza como medio para crear una jerarquización interna en las iglesias basada en el carisma del celibato, y pese a la rápida condena que del encratismo se hizo por parte de estos sectores, parece que las diferentes tendencias orientales que negaban validez al matrimonio (encratitas y las variadas vertientes del gnosticismo) se desarrollaron de un modo importante. Con un claro apoyo escriturístico y la actitud contradictoria de la incipiente jerarquía respecto al sexo, cualquier cristiano podría fácilmente defender una postura tan radical respecto al sexo como la encratita. Esto resulta tan evidente para el caso de las cartas paulinas, que, entre otras razones para evitarlo, los discípulos de Pablo sumaron a éstas las denominadas *deuteropaulinas*, que constan en el *corpus* paulino como tal, pero sobre las que no hay duda acerca de la imposibilidad de la paternidad del apóstol de Tarso. Así, a mi entender, una de las finalidades de las *deuteropaulinas* es evidente: suavizar las ideas de Pablo respecto al sexo, mucho más rigoristas en sus primeras cartas que en las últimas. No será este el único tema que produzca desavenencias entre reformadores-jerarquizadores y seguidores al pie de la letra de la enseñanza evangélica. La valoración de la pobreza, el derecho al sustento para los que realizan misiones de apostolado, etc., como se advierte en las cartas paulinas, también generan conflictos en las comunidades y entre los predicadores itinerantes<sup>20</sup>.

Debido a la relativamente importante presencia del encratismo en la zona oriental del imperio, es pues lógico que influyera de algún modo en la vida familiar de su entorno pues no había inventado nada, sólo había desarrollado de un modo más radical lo que ya existía.

Pero no se ha de olvidar que semejante forma de pensamiento respecto al sexo y al matrimonio no trataba exclusivamente de cambiar una creencia marginal e inocua, sino que inevitablemente la aceptación de las tesis encratitas obligaba a cambiar todo el entramado social predominante e instituido. Al respecto, la cuestión es saber cómo pudo el encratismo desarrollarse en un mundo de esposos y esposas, hijos, padres y hermanos, vínculos para un individuo cualquiera normales y asumidos que venían ahora a ser radicalmente negados por un sirio que había viajado por Grecia y Roma, y que abominaba de sus habitantes paganos, contando anécdotas sobre una frivolidad y una inmoralidad de la que comenzaban a no estar exentos por muy cristianos que fueran si, según el predicador, seguían manteniendo relaciones sexuales. El soltero, de creer lo que oía, no tendría ningún problema para actuar en consecuencia, salvo que en lo tocan-

<sup>20</sup> Cf. G. THEISSEN, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Salamanca 1985, pp. 151-283.

te a las relaciones con sus padres se tuvo que generar algún tipo de conflicto familiar, sobre el que no creo que merezca la pena profundizar pues ha de ser muy semejante al que se plantearía en el seno de una familia pagana que contara con un miembro convertido al cristianismo y dispuesto o bien a salvar a sus seres queridos del horror de ultratumba o bien a abandonar el ambiente familiar, los proyectos de futuro, la casa común e incluso su propia ciudad, como son los casos de Santa Tecla<sup>21</sup> o del que cuenta Justino en su segunda Apología<sup>22</sup>.

Sin embargo, el casado que de repente se enfrentaba a la posibilidad de haber estado viviendo con su cónyuge en la más absoluta animalidad sólo tenía dos opciones: o decidía que las teorías de Taciano estaban bien para los jóvenes y las viudas, juzgándolo de un modo benigno, pues a más de uno, creo, le entrarían ganas de apedrear al predicador, o bien decidía que debía dar un giro a su vida y rompía con todos sus vínculos familiares, aunque parece ser que Taciano, como todos los rigoristas de la época, tendía a aceptar que las parejas preconstituidas conservaran su vínculo siempre y cuando cambiaran el sexo por la oración. Dejando aparte este rasgo de tolerancia, éste es un asunto de difícil solución ante la ausencia de información directa. Tiendo a pensar que no hubo de ser el sector casado de su posible audiencia, salvo en el caso de viudos y matrimonios ancianos, el que terminaba por aceptar sus ideas<sup>23</sup>. Más bien reclutaría a sus seguidores de entre los jóvenes cristianos encandilados con los relatos de la vida de Santa Tecla y atraídos por el heroísmo del mártir cristiano.

Esto plantea una segunda incógnita: ¿cómo se perpetúa, si es que lo hace, una comunidad casta? Por sus características una agrupación de este tipo en esta época no puede entenderse si está totalmente apartada del mundo exterior, pues debe tanto por razones prácticas como morales, llevar sus ideas a sus semejantes. La vocación abierta del encratismo se ve clara ya en su comienzo cuando Taciano abrió un didascaleo urbano con evidentes intenciones propagandísticas y proselitistas. Ya he comentado cómo a través de la predicación se podía nutrir la comunidad de nuevos adeptos, generalmente jóvenes, dispuestos a vivir en comunión con sus iguales y dedicados a la oración de un modo semejante al de las comunidades monásticas que aparecerán con posterioridad. Se supone también que otra fuente de ampliación y mantenimiento numérico de la comunidad era la recogida de expósitos, gente ésta que a larga no iba a conocer más familia que la congregación célibe.

<sup>21</sup> Cf. E. PAGELS, *op. cit.*, pp. 26-62.

<sup>22</sup> JUSTINO, *II Apol.*, 2.

<sup>23</sup> Las ideas del sector eclesiástico, especialmente de Clemente de Alejandría al respecto son muy parecidas a las de Taciano, pero sin incurrir en la exclusividad de la opción y en la condena del matrimonio. En definitiva siguen las ideas de Pablo: «Mas, si no tienen dominio de sí, cásense. Pues más vale casarse que abrasarse» (PABLO, *I Corintios*, 7, 9).

Llamar familia a una congregación de estas características, con jóvenes castos y candidatos voluntariosos al martirio, ancianos, viudos o en pareja, decididos a no volver a pecar, niños recogidos de la muerte por inanición y jefes maduros pero también célibes, continentes hasta la exageración y radicalmente vehementes y ascéticos hasta rozar el cinismo, puede ser un poco exagerado, salvo si ellos mismos se consideraban una familia, la única y verdadera. Y como tal se conservan en Siria las comunidades encratitas de un modo muy parecido a los futuros monasterios, con cada vez mayor rigor para su propia vida y menor para el de los cristianos que se encuentran fuera de ella. Tal vez fuese mejor utilizar el término que el prof. San Bernardino sugirió para los *homoioi* de la Esparta arcaica y clásica: los encratitas forman una más de las formas de la «antifamilia» en la Antigüedad.